

JUAN E. HERNÁNDEZ Y DÁVALOS

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA  
DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE MÉXICO

DE 1808 A 1821

TOMO II

Coordinación

VIRGINIA GUEDEA  
ALFREDO ÁVILA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
2007

## NÚMERO 156

Informe rendido por el señor García Conde al virrey, de las ocurrencias habidas durante el tiempo que estuvo prisionero en el ejército independiente

Excelentísimo señor.

Después de la feliz victoria de Aculco que me dio milagrosamente la libertad, pensé pasar a esa ciudad para dar a vuestra excelencia noticias exactas y circunstanciadas del manejo y proyecto de los enemigos que me habían llevado con su ejército, a todas partes durante el mes completo de mi prisión; pero mejor aconsejado por el riesgo de volver a caer en sus manos lo suspendí proponiéndome dar a vuestra excelencia por escrito puntual noticia de todos mis sucesos. La ocupaciones de mi empleo, las marchas no interrumpidas, y la falta de comodidad en el campo, no me lo han permitido hasta tanto el día de descanso que tenemos hoy en esta ciudad a donde hemos regresado del campo de Marfil, me proporciona la ocasión de verificarlo, esperando que vuestra excelencia me dispense, así la digresión, como la falta de elegancia en honor de la verdad de cuanto me ha acaecido.

Después que merecí a vuestra excelencia el ascenso a coronel de Dragones Provinciales de Puebla y el mando de las armas de la provincia de Michoacán, salí de esa capital en compañía de los señores Rul, y Merino el día 3 de octubre para la ciudad de Valladolid, día justamente que salía el correo de esta capital y aumentaba el riesgo de caer en poder de los insurgentes, por la noticia que nos habían dado de estar interrumpida la comunicación en Acámbaro; llegamos felizmente a la hacienda de Apeo, distante dos leguas de Maravatío el día 6, y por las cartas de recomendación que llevábamos, adquirimos noticia de los administradores de las haciendas inmediatas para disponer nuestro tránsito con menos riesgo.

Todos unánimes nos dijeron, que el pueblo de Acámbaro estaba tranquilo, que iban y venían coches sin la menor novedad; y aunque fui de opinión que tomásemos caballos en Maravatío, y cruzar la sierra por no tocar en Acámbaro, se opusieron todos diciéndome que sería hacerlos entrar en sospecha pues se sabía ya nuestra ida por el correo, y que en el caso de querernos coger saldrían a verificarlo por la misma sierra; y que por tanto tenían por más oportuno pasar disimuladamente por el arrabal del pueblo sin hacer alto en él, y apostar tiros en el camino para hacer el viaje con celeridad. Así lo ejecutamos; pero con la desgracia de estar ya vendidos por todos, hasta de los cocheros que nos pusieron en el camino, los que nos hicieron remudar una mula a la entrada del pueblo, y otra a la salida, suponiendo cansancio y enfermedad, de suerte que a dos leguas de haber pasado por Acámbaro vimos venir como doscientos hombres a caballo para cortarnos, y más de trescientos a pie por la cañada, habiéndonos abandonado dieciséis vaqueros que pedimos de escolta, y sin más defensa para la resistencia que la que podíamos hacer los seis individuos que íbamos en dos coches.

Nos apeamos prontamente y yo sin sombrero por no detenerme a cogerlo, teniendo en la mano una pistola, y desenvainando parte del sable para hacer más pronto uso de él en caso necesario; hice que todos los demás se pusieran tras de mí, y apuntando la pistola al torero Luna que venía capitaneando la gente, le mandé hacer alto a cosa de diez pasos, preguntándole que quería, y a quien buscaba; pero a una seña, que yo no advertí, que hizo a los indios otro que venía a caballo junto a él, empezaron a llover piedras tiradas con hondas sobre nosotros, y al querer sortear una que venía directamente me ganó Luna la acción por detrás dándome una lanzada en la cabeza que me tiró rodando en el suelo, sin sentidos, y cuando volví en mí ya me encontré chorreado de sangre, y desarmado, y rodeado de una porción de gente de a pie y de a caballo que me dieron una pedrada en la mano izquierda,

otra en cada espaldilla, una cuchillada en la mano derecha, y otra en la oreja izquierda; de suerte, que aquella infernal canalla a pesar de verme indefenso no se saciaba de martirizarme; me ataron fuertemente con una reata, y llegando otro de sus mandones que les reprendió el trato que me daban, me hizo entrar en el coche con Rul, y Merino; éste gravemente herido en el costado izquierdo, y Rul con una cuchillada en la cabeza.

Entramos a las cinco de la tarde en medio de la gritería de inmenso pueblo, que pedía nuestras cabezas, y acabar con todos los gachupines; creímos que nos despedazaban; pero se reservaron nuestras vidas para mayores y repetidos insultos; nos metieron en un cuarto del mesón rodeados de centinelas, y vino un cirujano a reconocernos las heridas; fue necesario a Merino, al cocinero de Rul, y a su asistente; y aunque primero determinaron dejar a Merino en el pueblo hasta su restablecimiento lo hicieron salir poco después que a nosotros, haciéndonos continuar la marcha a las once de la misma noche para Celaya, donde llegamos a la una de la tarde, o del día inmediato, desfallecidos, y consternados, tanto de los dolores que las heridas nos causaban, como por ver la infamia de la plebe, que nos amenazaba con las expresiones indecentes que pueden imaginarse.

Allí fue donde nos vimos del todo saqueados sin tener ropa con que mudarnos, y sólo con el colchón que nos quisieron dejar; pero Dios nos deparó para nuestro consuelo al licenciado don Carlos Camargo, que nos atendió en cuanto pudo, facilitándonos un buen cirujano con todos los ingredientes necesarios a nuestra curación, y el método que debíamos observar; una muda de ropa a cada uno que rescató de acambareños, y 100 pesos para lo que a cada uno se nos ofreciese.

La mañana siguiente salimos para San Miguel el Grande, con los mismos insultos de la plebe; y aún mayores, porque íbamos encontrando las divisiones del ejército de Aldama, y todos nos recibían con los mismos vituperios, y amenazas.

A las seis de la tarde llegamos a una y media leguas de San Miguel, donde encontramos a Aldama (mariscal de campo entre ellos) y general de ejército de a caballo, en mangas de camisa, con sable y un par de pistolas de gancho en el cinturón, sombrero blanco, y una manta o frazada sobre el arción de la silla, quien después de habernos hecho reconocer para ver si traíamos alguna arma oculta; con palabras muy indecentes nos hizo volver atrás, entrando nuevamente en Celaya a la una de la noche, sin darnos otro alimento que un pocillo de chocolate al recogernos, desde otro igual que al amanecer nos habían dado; ya desde entonces seguimos con su ejército para los pueblos de Acámbaro, Sinapécuaro, donde nos detuvimos dos días esperando los ejércitos del cura Hidalgo, y el de Allende, que se nos incorporaron.

Éste me fue a visitar aquella misma noche acompañado de una numerosa guardia, y rodeado de doce, o catorce coroneles y tenientes coroneles de los suyos; espada en mano, que siempre lo llevaban en medio cuando salía de su habitación para cualquier a parte; nos hizo pasar a Merino, y a mí a otro cuarto donde nos recibió con mucho agrado, y sentados los tres a vista de sus jefes, siempre de centinela, entablamos una conversación larga sobre los motivos de la insurrección; nos contó su historieta, pues así la llamaba, reducida, a que de resultas de haber hecho crítica de varias gacetas nuestras, supo que por el gobierno se le quería prender; y que no siendo justo que un hombre de sus circunstancias se dejase aprisionar por cuatro polizones, había dado el grito con el cura Hidalgo, con unos resultados tan felices, que ya contaba con más de ochenta mil hombres sobre las armas, y los más en las capitales de las provincias ganadas, esperando solamente tenerlos a la vista para entregarse, como sucedería igualmente con todas las tropas poseídas de los mismos deseos; porque el encono contra los europeos era general, y justo, pues no era razón que una alhaja tan preciosa como ésta, se viese subyugada por unos hombres de tan pocos

principios, como los que generalmente venían de Europa. Hasta aquí me vi en la necesidad de sufrirlo; pero tomé la palabra demostrándole cuán equivocado estaba sobre el concepto de las capitales de las provincias y nuestras tropas, que todos conocían la injusticia de la insurrección, y las funestas consecuencias que debía ocasionar en este reino; que el mismo principio de ella, según me acababa de insinuar, manifestaba patentemente los malos resultados que debía tener, pues trataba de vengar un agravio particular con la ruina general del reino; y que aún cuando consiguiese el exterminio de los europeos, que estaba muy distante de poderse realizar, debía esperar de una indiada muy sedienta ya de sangre, que no se contentaría con la europea, sino que acabaría con los blancos del país, principalmente por ellos que en punto a la alta de principios de europeos trasladados aquí merecía mucha excepción, pues en tiempos antiguos cuando la navegación ofrecía tantas dificultades pudieron venir algunos de bajas circunstancias, arrostrándolas todas por mejorar su suerte; pero ya facilitados los mares por el continuo comercio por una parte; y por otra las calamidades ocurridas en la península en estos últimos tiempos, habían ocasionado la venida a este reino de personas muy distinguidas, dignas de la mejor opinión pública.

A éstas, y otras muchas razones que le expuse, hubo de convencerse, y confesar ser ciertas las fatales consecuencias que debía prometerse este reino por la insurrección; pero que ya la cosa estaba hecha, y que no tenía remedio; consolándose con que en el caso de suceder, como yo lo temía, quedarían estos países a favor de los indios sus primeros dueños; y le añadí, que jamás llegaría este caso; porque aun cuando la España por las calamidades del día no pudiese vengar su ofensa, había otras dos naciones muy fuertes, que cualquiera de ellas impediría a los indios la posesión, y con unos tratos muy distintos de los que recibían de los españoles.

Interrumpió esta conversación el general Aldama, dándole parte, con todo el tratamiento de excelencia, de haber regresado la partida del torero Luna, que había ido infructuosamente al alcance del señor obispo de Valladolid, y contestó Allende con mucha afectación, que sentía mucho se le hubiese escapado, porque deseaba darle pruebas de su verdadera estimación, con esto nos despedimos, y me ofreció, que respecto a que marchábamos con el ejército nos repetiría sus visitas.

La mañana siguiente llegaron de Valladolid un canónigo de parte de la catedral, un regidor por el cuerpo de la ciudad, y un jefe militar por las armas a hacer entrega de la ciudad al cura Hidalgo, a donde nos dirigimos el inmediato día con el ejército, y según nos aseguraron, suspendió el citado Hidalgo de sus prebendas a varios canónigos por no haber salido a recibirlo; pero informado de no haber sido citados para su llegada los volvió en posesión.

A nosotros nos tuvieron más de hora y media, como era de costumbre, en medio de la plaza y calle principal con el pretexto de no saber el alojamiento, oyendo los insultos y continua gritería de la plebe, hasta que al fin nos lo dieron en el Colegio de San Nicolás Tolentino, donde el catedrático don Francisco Castañeda nos trató con el mayor cariño, y caridad.

Desde entonces se nos vio con el mayor rigor, quitándonos toda comunicación; y lo atribuimos a que Allende daría noticia al cura Hidalgo de nuestra conversación en Indaparapeo la noche antes, pues todas las órdenes rigurosas nos venían del cura.

Permanecimos tres días en aquella ciudad, y a la mañana siguiente entró en el Colegio el mariscal Balleza insultándonos a gritos a vista de mucha gente, diciéndonos que éramos unos bribones, que habíamos hecho emponzoñar el aguardiente de la tienda de un europeo que se había saqueado; que los indios se estaban muriendo en la plaza por

nosotros, y que habíamos puesto un correo a México; le contestamos que no conocíamos a nadie en la ciudad para tomar semejantes providencias, que se practicasen las diligencias más exquisitas, pues todo era falso, y que en levantarnos semejantes testimonios no se podía llevar otro objeto que el de indignar más la plebe contra nosotros, entonces cogió la espada de un centinela para dar sobre nosotros; pero al retirarnos un paso atrás, se contuvo y nos puso cuatro centinelas con orden de embasarnos si hablábamos con alguno.

Aquella tarde hubo un alboroto en la ciudad, porque quisieron impedir que la plebe saquease las casas; pero como nosotros no sabíamos el motivo, temíamos mucho el resultado, pues se tiraron varios cañonazos.

Por la noche pidió el conde Rul un confesor, y el cura Hidalgo le envió un fernandino, a quien concluida su confesión le pidió que confesase a su hijo; pero estando en ella, vino una orden de Hidalgo para que la suspendiese, y pasase a verlo.— Poco después volvimos a oír alborotado el pueblo y disparar la artillería, nos cerraron la puerta del cuarto dejando los centinelas de la parte de afuera; nos hincamos a rezar el rosario, y nos volvieron a abrir prontamente la puerta, poniéndonos dentro cuatro centinelas con orden de pasarnos de parte a parte si nos movíamos; no les hicimos caso, y seguimos rezando, y al concluir vimos seis soldados con hachas encendidas puestos en semicírculo en la puerta, y entró un ayudante del cura llamándonos por nuestros nombres: *García Conde, Rul y Merino* (creímos que nos había llegado la hora) *quédense aquí, y salgan los demás*, que lo eran el padre Ordanza que cogieron con nosotros en Acámbaro, el ayuda de cámara de Rul y el hijo de éste por quien pidió su padre se lo dejasen y se le concedió; pero a los otros dos los juntaron con una porción de europeos que había en otros cuartos, y los llevaron todos a la cárcel a incorporarlos con otros muchos que había allí.

Luego conocimos que el ejército marchaba el día siguiente, y que nos dejaban allí para salir con él; sin embargo de haber pedido lo contrario para podernos curar de las heridas; pero no se nos concedió.

Volvimos a Acámbaro haciendo mansión en los pueblos de Indaparapeo y Zinapécuaro, y allí se hizo la gran promoción nombrándose el cura de generalísimo; Allende capitán general, al padre Balleza, a Jiménez, a Arias, y Aldama, de tenientes generales; y a Abasolo, a Ocón y a los dos Martínez de mariscales de campo, con cuyo motivo hubo misa de gracias, y *Te deum* con repiques y salvas, y después se pasó una revista al ejército, reducida a formar regimientos de 1,000 hombres de a pie y de a caballo, y pasaban de 80,000. Los nuevamente ascendidos se pusieron sus uniformes y divisas, siendo el de Hidalgo un vestido azul con collarín vuelta y solapa encarnada con un bordado de labor muy menuda de plata y oro, un tali negro, también bordado, y todos los cabos dorados, con una imagen grande de Nuestra Señora de Guadalupe de oro colgada en el pecho.

El de Allende, como capitán general una chaqueta de paño azul con collarín, vuelta y solapa encarnada, galón de plata en todas las costuras, y un cordón en cada hombro, que dando vuelta en círculo se juntaban por debajo del brazo, con un botón y borla colgando hasta medio muslo; los tenientes generales, con el mismo uniforme, sólo llevaban un cordón a la derecha; y los mariscales de campo a la izquierda.

Los brigadieres, a más de los tres galones de coronel, un bordado muy angosto, y todos los demás las mismas divisas de nuestro uso.

A todo el que presentaba 1,000 hombres, lo hacían coronel, y tenía tres pesos diarios; igual sueldo disfrutaba el capitán de caballería; y el soldado de a caballo un peso diario; y cuatro reales el indio de a pie. Los generales y mariscales de campo, me decían

que no tenían sueldo alguno; que antes bien habían gastado todos sus intereses; pero lo cierto es, que gastaban y triunfaban cuanto querían, como que en los saqueos cogían anticipadamente lo mejor. Salimos el día inmediato para Maravatío, y de allí para la hacienda de Tepetongo que a poco de haber salido de esta población hubo una alarma, diciendo que los gachupines se iban apareciendo en la loma inmediata, con cuyo motivo se hizo avanzar el ejército, que según el desorden en que marchaba siempre, y la gran cola que hacía era operación de muchas horas, pues los indios iban cargando sus hijos, carneros y cuartos de res; es de advertir que de los saqueos que hacían se llevaban las puertas, mesas y sillas, y hasta las vigas sobre sus hombros.

Se llegó a nosotros el general Balleza y nos hizo atar a los cuatro que íbamos en el coche; a pesar de que los Dragones de escolta resistieron a hacerlo, y hasta lloraban al tiempo de ejecutarlo.

El motivo de todo este trastorno no fue otro que el de dos europeos escapados de una hacienda, que vieron correr, los que ya cogidos se apaciguó el alboroto, y nos desataron.

Después hicimos las jornadas a la hacienda de la Jornada, Ixtlauaca y Toluca, sin novedad particular, más de la corriente de los insultos y gritería continua de los indios.

A la salida de esta ciudad, donde nos quedamos con el padre Balleza después de haber marchado el ejército, empezó la plebe a saquear la casa de un europeo, la que atacada por su guardia fue acosada y encerrada en el cementerio de la parroquia, desde donde el citado Balleza empezó a predicar contra los gachupines, diciéndoles que no habían hecho más, que quitarles el pan de las manos; pero que pronto serían los indios dueños de todo, que ellos no trabajaban ni se exponían; con otras ideas; pero que no por eso debían saquear las fincas ni las casas, cuyos productos se repartirían después con igualdad; que nuestra

Señora de Guadalupe era la protectora de su causa, y que ya que la había comenzado felizmente, con la misma felicidad la concluiría; les tiraba puñados de medios de cuando en cuando, alternándoles con las voces de: *mueran los gachupines*; de suerte que juntó multitud de plebe, y se marchó con su guardia dejándonos a su discreción, porque sólo teníamos una corta compañía de escolta repartida en dos coches muy distantes uno de otro, y cerrados por los insultos y gritería de ser despedazados.

Allí me tomaron los indios de su cuenta empeñados en que yo era el general Calleja, y así se me amontonaban diciéndose unos a otros: *mira, mira, ese descolorido y descalabrado es el bribón de Calleja; ah perro ahora no te has de escapar*; y otras insolencias mucho mayores, que obligaron a la guardia a desengañarlo de que yo no era el que se pensaban.

Aquel día nos dirigimos con el ejército, no a Lerma, como era regular dirigiéndose a México; porque decían ellos que el general Trujillo estaba en aquella ciudad, y que había interrumpido el paso rompiendo un puente, y así se dirigieron a Santiago Tianguistengo, saliendo el día inmediato para el monte de las Cruces; sitio, y acción memorable para nuestras tropas y armas, que con otras dos piezas de artillería que hubiesen tenido de su parte hubieran conseguido la más completa victoria los 800 hombres contra más de ochenta mil; es verdad que nos hubiera costado las vidas de los pobres europeos prisioneros; pero nada importaba esto, en comparación de la gloria, y utilidad que resultaba en honor de una corta división de soldados valientes, acreedores a los más altos elogios por su valor.

Sí señor excelentísimo: aunque yo no estaba asegurado de la exacta fuerza que tenían los nuestros, me presumí desde luego por el conocimiento que tenía de los terrenos, a causa de haber sido director de aquel camino, que el corto espacio que defendían, no era de mucha guarnición; y aunque la situación local era muy ventajosa, sabiendo a punto fijo que

el ejército insurgente pasa de 80,000 hombres, por más desordenados, e indisciplinados que estuviesen, debía tardar poco en decidirse la acción; pero no fue así, porque duró más de seis horas y media, y les costó mucha sangre, confesando ellos mismos que hubieran sido del todo derrotados y rechazados, si hubiesen tenido las nuestras otros dos cañones.

Durante la acción nos tuvieron a los prisioneros en medio de los cajones de pólvora, para volarnos en caso necesario, a donde venía con frecuencia el general Ballesa a darnos las noticias según las deseaba, anticipando a ellas las voces de: *viva Nuestra Señora de Guadalupe*, las cuales repetía yo, quitándome el sombrero, y él añadía: *que mueran los gachupines*, y yo respondía: *eso sí no digo yo*; en la primera embajada nos dijo: *ya murió el virrey*, y yo no lo creía; pero me horrorizaba la expresión; en fin, ya obscureciendo nos pusieron en marcha llevándonos a caballo, y encumbramos el cerro de las Cruces acompañados de aquella multitud desenfrenada, que no cesaba de repetir a gritos mil infamias contra todos nosotros, por el destrozo y mortandad que habían sufrido; y gloriándose al mismo tiempo de que habían muerto a Trujillo, Mendivil, Rodríguez, Bringas y otros muchos, dudas que yo no podía desatar, y que me llegaban al alma; íbamos pisando cadáveres, y con la oscuridad se me representaba en cada uno, alguno de mis tiernos amigos, dignos de mejor suerte.

Llegamos a la una de la noche a Cuajimalpa, sin otro alimento que el de un posillo de chocolate que habíamos tomado al amanecer, habiendo pasado el día más cruel, muertos de necesidad, y sin tener la menor cosa con que alimentarnos, y ni otro lecho ni abrigo que un mal capote.

Por fortuna, nuestras heridas estaban casi buenas, y pudimos emplear el repuesto de hilas y vendajes que traíamos para la curación de Medina, Cosío y otros varios soldados nuestros, que supimos que estaban heridos.

La mañana siguiente, día de Todos Santos, nos aseguró que el inmediato entraríamos en esa capital, y que para hacerlo de paz, iban a enviar de embajador al general Jiménez; yo que conocía al sujeto, y sus fanfarronadas insultantes, me reía de la propuesta, y más de la elección, a éste le oí decir en Acámbaro, con mucha desvergüenza, *que era menester quitarse el rebozo, que ya había llegado el tiempo de la felicidad e independencia, y que era menester verificarlo a lo Napoleón marchando a la capital*, por estas expresiones vendrá vuestra excelencia en conocimiento del carácter del sujeto elegido para embajador, como ellos le llamaban, llegó el día inmediato; pero no para verificar sus diabólicos proyectos, sino al contrario; cuando siempre nos llevaban a la retaguardia del ejército, nos metieron a toda prisa en el coche, marchando a la vanguardia en retirada para volver a encumbrar el cerro de las Cruces, y dejando a la retaguardia del ejército todos sus generales, y artillería, lo que me hizo creer tenían alguna salida de esa ciudad.

Después nos dijeron, que la respuesta de vuestra excelencia a Jiménez había sido de palabra diciendo: *que no admitía vuestra excelencia a nadie sino de guerra, y con las armas*; pero según me explicaron otros más reservadamente, lo que les obligó a la retirada, fue la contestación que tuvieron de algunos de sus emisarios; lo cierto es, que la acción de las Cruces, a más de amedrentarlos, les dio de pérdida entre muertos, y heridos y desertores más de veinte mil hombres; y con la retirada que hicieron de Cuajimalpa se les desertaron otros veinte mil; de suerte que quedó reducido su ejército en los valles de Toluca e Ixtlahuaca, a cuarenta mil y de ellos quince mil de a caballo, que es la fuerza que tenían cuando la acción de Aculco.

Sus jefes dudaban sobre sus resoluciones, estaban todos discordes; y aunque me dijeron que la detención del ejército en los valles era para dar tiempo a reponer la caballada, no dejaba de penetrar que tenían algún otro designio, y que se hallaban llenos de recelo;

esto les hizo tratarnos con más humanidad; y aunque varias veces se habían insinuado disimuladamente para que tomásemos las armas en su favor, particularmente con Rul, a quien desde el primer día quisieron hacerlo general; la resistencia que siempre encontraron en nosotros, y el desprecio de sus proposiciones les había contenido; pero en los últimos días de nuestra prisión se declararon abiertamente, hasta llegarme a decir algunos de ellos, que pondrían el mando del ejército a mi disposición; desprecié siempre sus ofertas según debía, sin embargo de la triste situación en que me hallaba me impedía tomar abiertamente la venganza de semejante agravio, y me contenté con decirles, que mi desgracia me había puesto en el caso de ser enteramente inútil para las armas; pero que si me permitían pasar a la capital, intercedería con vuestra excelencia para evitar el derramamiento de sangre tan necesario en las actuales circunstancias para la seguridad de este reino. Conocí que no habían despreciado del todo mi proposición, y que el miedo les haría aprovecharse de cualquier partido. Pero en fin, llegamos a la hacienda de San Antonio, desde donde salimos el inmediato día, según dijeron, para Arroyo Zarco; íbamos Merino y yo en un coche de muy mal avío; y viéndonos el mariscal Aldama, nos dijo, que con aquellas mulas no era posible hiciéramos la jornada, y le respondí: *pues si esto es así a la salida, ¿qué será dentro de poco tiempo que las mulas se cansen?* entonces nos hizo apearse del coche, y me hizo entrar en el suyo, donde encontré ya a Rul; y a Merino lo colocó en otro coche también suyo que iba delante.

En las conversaciones que se ofrecieron, siempre nos manifestaba los deseos de una composición con vuestra excelencia para terminar la revolución; pero yo procuraba desentenderme, por las disparatadas condiciones que se proponían, porque conocía que había poco que confiar en la inconstancia de su carácter.

Aquella tarde vinieron a darle aviso de que venían llegando unos coches, y gente de escolta, y dijo Aldama: *este será mi hermano que viene a reunirse con nosotros con su ejército y familia*, entonces me pareció regular brindarles a pasar en el coche de Merino para dejarlos solos, y accedió a ello verificándolo juntos Rul, y yo; llegaron en efecto como unos mil hombres de a pie y a caballo el licenciado Aldama y su mujer juntamente con sus sobrinas, las hijas de don Juan.

A poco rato llegó un dragón a caballo, muy asustado, diciendo: que un ejército de gachupines iba entrando en Arroyo Zarco, que el cura y el ejército habían tomado el camino de Aculco, y que nosotros hiciésemos lo mismo.

Entraron todos en nuevo sobresalto; y como el camino era malo para coches, y nos cogió la noche, no pudimos pasar una barranca para llegar al pueblo, y nos hubimos de quedar a hacer noche en un cerro muy elevado. El licenciado Aldama y su hermano nos acompañaron en el coche grande rato; el miedo les hacía humillarse; pero sin desprenderse de echarlas siempre de guapo, y suponer tener asegurados sus proyectos; pues aun cuando fuera arroyado su ejército por una casualidad, la suerte de los europeos en el reino sería siempre la misma que la de los franceses en España ser dueños sólo del país que pisásemos.

Por la mañana seguimos el camino para el pueblo, llevando nuestro coche por delante, a causa de que no teníamos escolta; las señoras, y demás comitiva se quedaron en una casa a la entrada del pueblo, sin que lo advirtiésemos, llegando nosotros hasta la casa del cura Hidalgo; que ya la artillería, y multitud de indiada nos impedía el paso; vimos salir a Allende con toda su comitiva, y generales, y asomándomele dije que estábamos solos, y sin saber a donde ir; nos hizo apearse del coche, y llevándome a su lado me dijo al oído: *¿sabe usted que tienen ustedes un ejército en Arroyo Zarco?* y le respondí: *¿está usted seguro?*; a lo que añadió: *tanto que sus avanzadas nos han cogido dos dragones*: entonces

le dije, que irían para México; y me respondió, *sí porque hemos interceptado un correo del virrey, en que así se los manda*, y le añadí, *pues dejarlos pasar*, entonces me dijo él, *¿y si nos atacan?* a lo que contesté: *pues qué les importa a ustedes teniendo 40,000 hombres: ustedes deben estarse quietos, y si pasan a México dejarlos; pero si los atacan, resistir*. Surtió mi consejo tan buen efecto, que en el momento se dieron las órdenes para poner avanzadas, y salir al campo; y de lo contrario se hubiera marchado para Querétaro, que era lo que querían, y se hubiera retardado mucho nuestra victoria.

Las cuentas que me hice fueron éstas: si el ejército viene con ánimo de ir a México, le aconsejo bien, y si desean atacarlos, también. Me asombro, y bendigo a Dios mil veces de ver cómo nos iba proporcionando la libertad; y es de advertir que Allende no nos había vuelto a hablar desde el primer día que nos encontró en Indaparapeo.

Llegamos todos a la casa de las señoras de Aldama, donde nos dieron de almorzar, y entró poco después el cura Hidalgo, a quien jamás he hablado, y abrazándole el licenciado Aldama, me acuerdo que le dijo: *señor excelentísimo los indios están muy alzados: al pasar por el pueblo de San Felipe he encontrado despedazados tres europeos y un criollo, todos con un papel de seguridad de vuestra excelencia y que no permitieron que el cura les diese sepultura. Si no se castigan estos excesos estamos mal, y cuando se quiera no habrá quien los contenga*; a lo que dijo el cura: *no señor, es menester prudencia, nosotros no tenemos otras armas que nos defiendan, y si empezamos a castigar, al necesitarlos no los hallaremos*; después añadió Aldama: *estamos también rodeados de cobardes, y traidores; ese bribón de Camargo alcalde de Celaya es menester ahorcarlo*, y el cura le respondió: *sí, sí, ya trataremos de esto, y se fue a saludar a las señoras*.

A la cuenta no había advertido que nosotros estábamos allí, y dijo: *hemos errado enteramente el golpe, y todas nuestras medidas se han frustrado*; pero le hubieron de hacer

alguna seña, y añadió, *porque hemos pasado muchos fríos y malas noches y hecho unas jornadas muy largas*; quiso remediarlo, pero no pudo; poco después se tocó a alarma; se marcharon todos precipitadamente y nos pasaron a los tres prisioneros a la casa contigua; pero dentro de breves instantes se regresaron al pueblo, y hemos después sabido, que en junta que celebraron, se decretó: que en el caso de perder la acción nos degollasen, dando la comisión a un sujeto que no se separó de nosotros hasta el último momento de nuestra prisión, y en favor del cual conseguimos de nuestro general quedase libre.

Aquella noche, víspera de la batalla nos visitaron Allende, Aldama y su hermano don Juan, en segundo nos leyó un papel muy extenso, suponiendo estar hecho por el señor arzobispo virrey, diciendo en él mil improperios de los europeos; y desenvolviendo toda la ponzoña de su proyecto, quise interrumpirlo varias veces, porque no podía sufrir tal atentado; mas no lo permitió, y al concluirlo me solté contra él con unas razones tan convincentes, que tanto él, como Allende confesaron las fatales consecuencias y resultado de sus maquinaciones, y concluyeron *con que la cosa ya estaba hecha y que no tenía remedio, porque se les habían cerrado las puertas*. Presumí que esta expresión debía dirigirse al indebido sentimiento que habían formado por no haberse oído a su embajador el general Jiménez, y les contesté: *pues llamar a la puerta: rempujarla*; y ya entonces variaron de tono echándole la culpa de todo al bribón del cura Hidalgo (así le llamaron) pues quisieron desde Cuajimalpa habernos enviado a esa capital para que hubiésemos podido mediar con vuestra excelencia pero que él se opuso, y no lo permitió; y que sin embargo emplearían el resto de la noche en ver de convencer al cura, que encaprichándose en una cosa, era difícil de apearlo.

Se marcharon al campo, donde tuvieron toda la noche el ejército sobre las armas, y al amanecer del siguiente día fue a vernos el licenciado Aldama, quien nos dijo, que no

dudásemos que en todo el día se nos enviaría a nuestro ejército; continuó un rato más en conversación, y a eso de las siete de la mañana entró muy sobresaltado su hermano don Juan con las señoras, diciéndonos que saliésemos, que ya estaban prontos los coches; nos sorprendió aquella novedad, y sin dar lugar a sacar nuestros colchones, se agarró de mi brazo la mujer del licenciado Aldama, y de Rul, y Merino las dos hijas de dicho licenciado. Salimos prontamente a la calle, y vimos que las columnas de caballería de su ejército venían huyendo a todo escape, diciendo que ya estaban los gachupines en el pueblo, y era tan falso, que cuando menos, distaban dos y media leguas; pero en fin con el mayor riesgo de ser atropellados llegamos a la plaza, donde estaban todos los coches, las mulas sin guarniciones, y muy pocos cocheros; de suerte que el riesgo de ser atropellados continuaba, el miedo de ser sorprendidos por nuestro ejército crecía; y en la gran confusión que todos se hallaban me atreví a proponer, que respecto, a que indefectiblemente íbamos a perecer a los pies de sus caballos, tenía por más oportuno el salirnos al campo, en donde si era cierto que nuestro ejército llegaba nos recibiría con mucha cortesía, y la mayor atención; así lo íbamos a ejecutar; pero fue imposible cruzar una de las calles de travesía, porque las columnas de caballería lo impedían, y nos entramos en una casa donde nos dijeron los Aldamas, que la necesidad les ponía en obligación de ir a morir al pie del cañón en caso necesario, que si la perdían, esperaban que las señoras serían tratadas con decoro; les ofrecimos cumplirlo así, y mientras se despedían, entró el torero Luna diciendo: *échenlos fuera, que yo me quedaré con mis amas*: y don Juan Aldama preguntó a las señoras ¿que querían hacer? y a lo que respondió la mujer del licenciado Aldama, *nosotras queremos quedarnos con estos caballeros*; y echando fuego por los ojos montó a caballo, y como un rayo se partió.

Nos repitieron los Aldamas su encargo, y nosotros la oferta de cumplirla, dejándonos casi solos con las señoras, pues la escolta se componía de unos seis hombres

con lanzas, el paisano que las acompañaba, que debía degollarnos, aunque nosotros lo ignorábamos, y un capellán.

Dispusimos que nos diesen de almorzar, y a eso de las diez de la mañana ya se oían las cajas de nuestro ejército; me dijo la mujer de Aldama el licenciado *que como inteligente de las cosas de la guerra le hiciese favor de subir a la azotea, y decirle lo que me parecía tocante a la disposición del campo.*

Lo hice así, y no puedo explicar a vuestra excelencia el gusto que me causó ver el buen orden y seriedad de las columnas en que nuestro ejército venía marchando; me encaré así a la loma donde estaban situados los insurgentes, corriendo de un lado a otro, y con la mayor gritería y confusión; se me representaban una porción de perrillos a vista del león.

Volví a bajar y le dije a la mujer del licenciado: *señora la disposición y buen orden que veo en nuestro ejército; y la confusión y gritería del de ustedes, creo, que muy pronto tendré la satisfacción de corresponder a los favores que ustedes nos han hecho; y repito que no tengan el menor cuidado, pues serán tratadas con todo decoro como corresponde; para conseguirlo, se hace preciso que desde ahora tome las disposiciones conducentes, debiendo ser la primera desarmar la escolta; y ella me respondió: haga usted lo que quiera.*

Entonces llevándome al patio al paisano que las acompañaba dije a la escolta, que si no querían ser pasados por las armas de los nuestros, me entregasen las que tenían, y obedecieron, las que encerré en una pequeña pieza, y aseguré la llave: todo lo iba disponiendo la providencia a favor de nuestra libertad. Empezaron los tiros de cañón, y nos pusimos a rezar el rosario, sacando al mismo tiempo el reloj para ver lo que duraba la batalla; y por los tiros nuestros conocí que nuestra artillería ganaba el campo.

En veintidós minutos cesó el fuego; abrí la ventana y advertí el campo solo

infiriendo que los nuestros habían ido persiguiendo al contrario, y que sólo se había quedado una partida como de dieciséis hombres de a caballo, y que iban recogiendo prendas perdidas, deseaba hacerles señas con un pañuelo porque temía nos dejasen allí; pero no quería que lo viesen los de adentro, y en fin bajó una criada de la azotea diciendo, que ya unos gachupines habían llegado a la iglesia para que repicasen, y las campanas nos confirmaron inmediatamente esta verdad; hice que las señoras entrasen en la recámara, puse un hombre junto a la puerta para que avisase luego que llamasen, providencia que debía tomar por parte de la plebe hasta vernos en poder de los nuestros; y en efecto, no tardó en llegar una partida que golpeando a la puerta hice que saliese Merino para ayudarme a abrirla, y el capitán Tello que había traído de España para sargento fue el primero que me abrazó; le dije que tenía allí a las señoras de Aldama, y envié al teniente Ibarra de mi regimiento, con un recado al general diciéndole que ya teníamos la satisfacción de estar en poder de los nuestros; e igualmente estaban con nosotros las señoras de Aldama, y que deseaba se les tratase con el mayor decoro.

Al instante bajaron todos, y el gusto que tendríamos de verlos, lo dejo a la penetración de vuestra excelencia.

Se las dio a las señoras su libertad, y un seguro del general para que se fuesen donde gustasen con los que las acompañaban, pidiéndome encarecidamente la mujer del licenciado antes de irse, que no olvidase el encargo de su marido, y que procurase para el efecto marchar a México, así se lo ofrecí; pero advirtiéndole que en la batalla habían sido enteramente derrotados, perdiendo en ella toda su artillería, provisiones, dinero, coches, y en una palabra todo cuanto tenían; y que por tanto, lo único que podía solicitar de vuestra excelencia era un indulto; y entonces me añadió: *y vea usted que llamen a mi marido con las seguridades correspondientes*, le contesté que sería difícil conseguirlo; pero que pondría

los medios para ello.

Ya he dicho a vuestra excelencia el motivo que me impidió el cumplimiento de esta promesa, en virtud de la cual se servirá vuestra excelencia resolver lo mejor.

Nosotros nos quedamos llenos de júbilo entre nuestros amigos, no cesando de dar gracias a Dios por tantos beneficios.

Aunque he procurado detallar los hechos principales, me habré dejado mucho por decir; y por la falta de energía y expresión habrán quedado los sucesos débilmente explicados; pero espero que la velocidad de las victorias de nuestro ejército nos conduzca a esa capital, donde a voz viva pueda satisfacer mejor la curiosidad de vuestra excelencia.— Dios guarde a vuestra excelencia muchos años. Guanajuato 8 de diciembre de 1810.— Excelentísimo señor.— *Diego García Conde*.— Excelentísimo señor virrey don Francisco Javier Venegas.— *Es copia*.

La edición del tomo II de la *Colección de documentos para la historia de la Guerra de Independencia de México de 1808 a 1821* estuvo a cargo de

Edna Sandra Coral Meza  
Rosa América Granados Ambriz  
Raquel Güereca Durán  
Rodrigo Moreno Gutiérrez  
Eric Adrián Nava Jacal  
Gabriela E. Pérez Tagle Mercado  
Claudia Sánchez Pérez

PROYECTO DGAPA PAPIIT IN402602